



La Antártida, *un diario de viaje.*

RONALD VILLAFUERTE



Luz y sombra en el Polo Sur

Después del rancho, a las 14h00, Karen Portilla, Patricia Castillo, Mildred Barzola, Jaime Amaguaya y yo salimos a explorar el impresionante glaciar Quito, un lugar que siempre estaba visible y que muchos esperábamos con ansias conocer.

Emprendimos nuestro sendero hacia el este de PEVIMA (estación Pedro Vicente Maldonado) mientras Jaime lideraba la exploración. El ascenso empezó pasando por el sistema de abastecimiento de agua para la estación, mientras subíamos las primeras colinas. Nos detuvimos un momento para poder colocar mi trípode y cámara y hacer una foto grupal con la estación de fondo. Continuamos nuestra caminata y entramos a territorio cubierto de hielo. Vi grietas entre la nieve endurecida donde corría el agua helada a través de un arroyo en el que retiré mi guante derecho para beber.

El Glaciar Quito emerge de entre zonas rocosas, brindando sensación de libertad y grandeza.

Sonaban las pisadas sobre este suelo erizado de hielo. Era el crujido de micropuntas de nieve sobre una capa delgada de hielo que parecía un cascarón. Eran áreas grandes cubiertas por esta formación de la naturaleza que tapaba parcialmente las colinas que estaban a nuestro lado derecho. Eran zonas de rocas oscuras que, junto con el hielo, contrastaban un cielo que iba del azul al turquesa. Una skúa estaba posada sobre el hielo mientras observaba nuestro pasar. A medida que avanzábamos, las grietas se volvían más anchas, más profundas y nuevamente me iba alejando del grupo. Tenía que estar seguro donde pisaría, de lo contrario una caída segura en una grieta me estaría esperando. Tramos del camino seguían siendo rocosos y parecían que cerraban el pasaje haciéndolo más estrecho.

Al llegar más arriba pisamos nieve más profunda que escondía las grietas. Por el sonido hueco de mis pisadas buscaba una superficie más gruesa para asentar mis botas mientras Jaime indicaba por donde era más seguro caminar. Llegamos a un punto en el que las rocas permitían un angosto espacio para pasar, sin divisar que estaba del otro lado. Al mismo tiempo, escondían un bellissimo y sorpresivo cambio de terreno. Era la nieve, a todo lo ancho del glaciar, que nos brindó un espacio despejado. La sensación de encierro de repente desapareció. Se apreciaba enfrente una vasta área de nieve que iba en descenso hasta un acantilado que no dejaba ver lo que había en la base del glaciar. La vista del mar era hermosamente impresionante, con sus islas reflejando sobre sus aguas el brillo del sol. La línea del horizonte era dibujada entre la unión del mar con el cielo azul. A nuestra izquierda estaba el pico más alto del glaciar Quito y, a su vez, la continuación del acantilado que seguía su camino en curva donde podríamos apreciar la peculiar coloración cian del hielo que terminaba en una playa. Nos quedamos ahí contemplando, deleitándonos con el lugar. Pude presenciar un trozo de hielo desprenderse del acantilado y caer al agua. El sonido era una combinación de un trueno estremecedor por la caída de una enorme plancha gruesa de hielo sobre un suelo de cemento dentro de un galpón. Estábamos cerca del colapso del hielo. Era el único espectáculo que se pudo presenciar, pero no fue el único escuchado. Otra vez el sonido se repitió, pero provenía del otro lado del pico del glaciar que teníamos a la vista.

Cada vez que quería fotografiar, me retiraba el guante y las gafas para operar los controles de mi equipo. La mano se me entumecía del frío. En la punta de mis dedos empecé a sentir un ligero quemazón. Fotografiaba los mismos paisajes con diferentes ajustes para asegurarme de tomar la foto ideal. Cambiaba de lentes para tener distintas perspectivas y así poder tener acercamientos y detalles. Variaba las composiciones del arte fotográfico. Bus-

caba otras distancias y alturas sobre el hielo y, por supuesto, fotografiaba a los miembros del grupo de expedicionarios presente. Estaba fascinado por lo que mis ojos observaban. Cómo deseaba compartir estos momentos con mi familia.

Habían transcurrido más de dos horas desde nuestra salida de la estación. Empezamos a seguir el camino del glaciar hacia el acantilado con mucha precaución. Al ir acercándonos al borde encontramos un lugar para descender y llegar hasta la playa que escondía aquel acantilado. Era un suelo de pequeñas rocas con trozos de hielo sobre la superficie, y otras flotando sobre el mar, que chocaban entre sí con el vaivén de las olas que llegaba a la playa. El choque de los hielos era un sonido surreal en aquella locación natural no invadida. Los pingüinos deambulaban por esta zona entre nosotros. De repente, el cielo se nubló produciéndose un firmamento más saturado con sombras más largas y contraluces sobre mis compañeros con brillos especulares sobre el agua. Un cuadro que merecía captarse. Quería llegar a la base del acantilado que divisé cuando estuve sobre el glaciar y presencié el colapso del hielo. Avanzamos hacia el lugar y lo nublado desapareció iluminando más el camino. Esta vez yo iba primero en la fila. El pasaje era angosto mientras que, a mi lado izquierdo, podía ir tocando la pared del acantilado de hielo con mi mano descubierta mientras veía cómo caían las gotas hacia una laguna oculta debajo. La coloración no era blanco puro, era un blanco ensuciado por el color del suelo. A mi derecha encontré el camino curvo de los trozos de hielo flotando sobre el agua, chocándose y raspándose entre sí, creando un ligero panorama sonoro casi hueco y reverberante. A todo lado que dirigía mi vista, ya sea arriba, abajo u otra dirección, el paisaje era inmersivo.

El cielo empezó a caer e iniciamos nuestro retorno a PEVIMA. No regresaríamos por el mismo lugar. Jaime optó por guiarnos bordeando la playa. El camino era más escabroso a medida que nos alejábamos del acantilado. Con la mochila a mi espalda y el trípode en mi mano, caminé y escalé laderas de piedra filosa para avanzar subiendo y bajando pequeñas colinas mientras ayudaba a mis compañeras. Las skúas y petreles volaban sobre nosotros ya que pasamos cerca de sus nidos con polluelos. Así, llegamos en más de cuatro horas, a lo que era nuestro hogar, PEVIMA, antes del atardecer, en este sublime e imponente continente.

El cementerio de ballenas

Al parecer, algún virus está invadiendo al personal logístico. En esta

mañana el servidor público Freddy Hernández, a cargo del área de soldadura de la estación, amaneció con un malestar mayor que en días previos. Tanto así que nunca salió de su camarote para el rancho de la mañana. En días anteriores también mostraron alguna señal de malestar otras personas en la estación, a tal punto que se aislaron por un día para evitar algún posible contagio. Yo no sabía de lo sucedido, pero no estaba preocupado por mi salud. Con la atención del Dr. Franco, con un purificador de aire portátil, que se dejó una hora en cada camarote, se pudo eliminar cualquier posible virus. Gracias a Dios, el personal fue mejorando.

La iniciativa de haber tomado retratos individuales a cada persona fue recibida con satisfacción, tanto así que el comandante Bernardo Gordon me pidió repetir la sesión, pero en esta ocasión por departamento, es decir, cada teniente tenía bajo su cargo personal logístico para que desempeñen alguna tarea específica de mantenimiento. Ese equipo de trabajo se quería retratar. Esta actividad empezó a realizarse en horas de la mañana. Nuevamente las lámparas LED se utilizaron y el estudio improvisado fue testigo una vez más de una sesión fotográfica.

En horas de la tarde, acompañé a Karen y a Patricia al cementerio de las ballenas. Queríamos salir del encierro por un momento y recrear la vista. Fui con la intención de captar el entorno y la fauna del sector. En el trayecto me fui encontrando con lobos marinos que se confundían con el suelo por su color pardo. Con estos animales aprendí a mantener la distancia a pesar de que en ese momento uno emitía un sonido diferente del escuchado anteriormente. Era como un llanto al que no pude dejar de prestar atención. La foca me fue siguiendo mientras yo iba a un ritmo lento para que viniera conmigo. Me metí en los caminos más fáciles para que me pudiera alcanzar sin importar si me tenía que mojar las botas. Más adelante divisé un elefante marino y cerca de él unos lobos marinos. El estar cerca de aquella foca la desvió de su ruta hacia mí en dirección al otro lobo que parecía estar esperándolo. Mientras seguí mi camino, vi que el lobezno ya no emitía ningún llanto de angustia, creo que se encontró con el ser al que llamaba. Al ya no escuchar el llanto me llegó una satisfacción de tranquilidad.

*Trozos de hielo des-
prendidos del Glaciar
Quito simulan escultu-
ras abstractas, sobre
las orillas del mar.*

A medida que me acercaba a la playa me encontré con la sorpresa de una pareja de elefantes marinos sobre unas algas rojizas al pie del agua. Enseguida empecé a fotografiarlos, pero en mi mente la mejor foto es la que se vive. Dejé en el suelo mi mochila con una cámara, varios lentes y el trípode para avanzar más y con mayor ligereza. Con cautela fui acercándome a ellos. Estaban dos, la hembra detrás del macho con la cabeza apoyada sobre su com-



pañero. A ratos levantaba su cabeza y hacía un gesto que parecía un bostezo. Se dieron cuenta de mi presencia ante la cual no se inmutaban. Seguían en su lecho, quería tocarlos, pero, más aún, imaginaba cómo sería la reacción de mis hijas si pudieran estar ahí conmigo contemplando aquel animal. Sé que les hubiera encantado y en sus rostros habría dibujado una gran sonrisa, con mi esposa observando a una distancia prudente. La ilusión me fascinaba. “¡Despierta, Ronald!”, me dije. “No te distraigas”, pues no sabía en qué momento tendría que salir rápido del lugar. Pude así captar varias imágenes de la pareja de animales.

Más adelante, por el borde de la playa, estaban tres crías juntas. Parecían tubérculos gigantes, como ocas acostadas una a lado de la otra; una hacia arriba, otra de lado y la última hacia abajo. No se habían percatado de mi presencia. A ellas me acerqué mucho más mientras divisaba cómo las fosas nasales se cerraban individualmente por un brevísimo momento. La cría de en medio abría la cola de tal forma que parecía un abanico. Sus ojos parecían tener lágrimas que le dibujaban un rostro triste. Mientras los apreciaba y re-trataba, el sonar de las olas y los vientos del entorno rocoso me envolvían.

Minga y simulacro en los confines de la tierra

Al día siguiente, lunes 13 de marzo, el día estaba soleado y despejado. Era una hermosa mañana considerando en qué parte del mundo estaba. Rara vez vi un día como el de hoy. En la playa de la estación capté el trabajo de investigación científico de María Elena y Rubén Choto. Mientras recogían muestras de tierra y agua, un par de skúas peleaban por los restos de un pingüino.

El trabajo fue breve y enseguida regresamos a PEVIMA para registrar otro simulacro, pero en esta ocasión de primeros auxilios. Karen Portilla colaboró para ser la persona a quien debíamos salvar y reanimar, mientras el personal de la armada la llevaría en una camilla a la enfermería. El ensayo sirvió para demostrar cómo reaccionar ante situaciones iguales o similares para garantizar una correcta acción. Presencié la rapidez del actuar; además, se realizó otro simulacro contra incendio, pero esta vez en el interior del módulo que contenía el laboratorio y camarotes del personal femenino. Se creó una situación con fuego controlado usando cartón encendido dentro de un tachó metálico para poner a prueba la reacción de los detectores y los extintores. La respuesta de los bomberos fue rápida y óptima.

Una vez terminado el simulacro se aprovecharon unos minutos para celebrar el onomástico del comandante de esta vigésima sexta expedición, Bernardo Gordon, con una pequeña torta preparada por los cocineros.

Nuevamente nos habían cambiado la fecha de retorno lo cual hacía difícil planificar tantas labores. Había que embalar enseres como lavadoras, secadoras, equipo de laboratorio. El personal trabajaba aprisa para finiquitar lo pendiente y guardar todo a prueba del invierno que prácticamente estaba sobre nosotros, sin embargo, no todo se podía almacenar como el agua, baños y otros sistemas, sin tener una fecha segura de nuestra partida.

A las 11h30 como distracción ante tal incertidumbre, el comandante nos envió a participar en una minga en los exteriores de la estación científica ecuatoriana. Salimos a realizar esta limpieza de basura, principalmente plástico, actividad que forma parte del proyecto de la Ing. Karen Portilla. El comandante Gordon nos acompañó. Transcurridas diez minutos de empezada la recolección de basura, ya habíamos avanzado alrededor de un kilómetro hacia el cementerio de las ballenas. El día tan hermoso cambió repentinamente y empezó a caer agua, nieve y luego granizo. Cada granito de hielo no era tan grande, más bien como el tamaño de una bolita de espuma, pero en gran volumen acompañado de fuertes vientos que nos quería llevar. Vi que las skúas intentaban volar, se quedaban por breves momentos en un mismo punto, en el cielo, a una baja altura con las alas abiertas hasta que ya no podían seguir en contra del viento. Era entonces cuando ellas circundaban el área buscando bolsas vacías en el viento para poder redirigirse.

El granizo, en cuestión de unos tres minutos, ya cubría la mayor parte de nuestro suelo entre musgo, piedras y tierra, mientras se escuchaba el quejido de algunas personas por el golpe del granizo veloz, frío e inclemente en el rostro. Era como sentir micro bofetadas que provocaban pequeños ardores sobre el rostro, uno tras otro en diferentes partes. Muchos ya se habían colocado la capucha de la tercera capa para protegerse. Tuve que resguardar mi cámara dentro de mi traje de tercera capa que repelía el agua, ya que se estaba formando hielo alrededor de la visera del lente y sobre el visor de la cámara. Siempre apuntaba en el mismo sentido que soplaba el viento o hacia abajo para proteger el cristal del lente.

No pudimos seguir con la minga ese día ya que los micro plásticos enseguida quedaron cubiertos por la nieve haciendo imposible identificarlos. El personal empezó a retornar a la estación para continuar otra jornada; sin embargo, la experiencia fue divertida para la mayoría. Para mí, el sentir el golpe del granizo en el rostro me recordaba cuando de niño vivía en Nueva York y mientras mis padres me llevaban de repente nos sorprendía ese fenómeno propio del clima frío. Otra vez venía a mi mente él cómo sería y reaccionarían mis hijas a una experiencia como esta. Me veía con mi esposa protegiéndolas, con los trajes adecuados, tal cual lo hicieron conmigo.



El faro del fin del mundo

Una de las actividades del programa logístico fue el mantenimiento de las ayudas a la navegación que había quedado inconcluso por el trabajo del módulo 2; sin embargo, con el trabajo del módulo finalizado y el atraso del Aquiles se planificó un buen trabajo.

Hacia buen clima, era un trabajo pendiente de realizar días atrás. Parecía que partiríamos de la estación sin cumplir con ese trabajo, el atraso del buque Aquiles dio algunos días al personal logístico para cumplir esta actividad. Me designaron al personal del arreglo del faro y el registro fotográfico del mismo.

El faro está ubicado en la isla Cecilia, frente a la isla Greenwich y al lado de la isla Barrientos, la travesía en bote era de unos 20 minutos. La carga para llevar era pesada y consistía en un panel solar de 70 x 60 cms, dos baterías de 12 amperios de unas 50 lbs. cada una, una moto soldadora Lincoln de unas 250 lbs. de peso, varios ángulos de hierro, pulidoras, brochas, pintura y demás elementos de ferretería. Tampoco podía faltar el refrigerio que consistió en café caliente y un pedazo de jamón con queso envuelto en papel aluminio.

Partimos a las 11h30 en un solo bote para lo cual fue necesario realizar dos viajes. En el primer trayecto fueron Freddy Hernández, Ronald Vera, Freddy Cornejo, Diego Benavides con los repuestos, máquinas y herramientas. Yo fui en el segundo junto con el comandante Bernardo Gordon y William Toasa y las baterías de encendido. Washington Valencia y Rubén Caba estaban a cargo de la operación del bote de goma.

Al llegar a la isla, los primeros en recibirnos fueron los pingüinos y los lobos marinos. Había una pequeña colonia de pingüinos con su característico caminar bamboleante que los hacía ver muy amigables a nuestra llegada. Los lobos se cruzaban por delante de nosotros, con su singular rugido, queriendo llegar a un sector más lejano en la playa.

A lo lejos, a unos quinientos metros de la playa, estaba el primer grupo de logísticos que se esforzaba subiendo los materiales, y las pesadas y voluminosas máquinas y herramientas, sobre una escarpada cuesta de unos quinientos metros de altura. Avanzaban por tramos para ir descansando y cuidando de no resbalarse, mientras apreciaba el camino que pronto me tocaría subir con mi equipo; las rocas me recordaban los paisajes lunares que había visto en libros y revistas en mi niñez. Decidí acercar más cosas que faltaban por subir, desde la playa de desembarco hasta el inicio de la cuesta escarpada. Lo hice con la intención de ayudar al personal que ya venía lidiando (para hacer

113

La erosión y el viento dan forma a enormes rocas que se sitúan cerca del acantilado, como para contemplar el mar.

que la estación funcionara para todos) y ahora un faro les serviría a las embarcaciones para orientarse en las noches.

El comandante Gordon y William Toasa escogieron otra subida más directa al faro, pero más estrecha y rocosa. Dentro de un canasto plástico colocaron una batería y la fuente de luz. Calculo que este peso estaba alrededor de setenta lbs. Mientras subían luchando contra la colina escarpada, con mientras con la otra mano para no caerse de la pendiente sujetaban la carga. Las piedras se desmoronaban bajo sus pisadas haciendo que se resbale. Los trajes, a ratos, servían como una especie de trineo en el cual fácilmente se deslizaban hacia abajo. Yo seguía atrás del comandante y William, cargando mi mochila, con mi equipo fotográfico y mi trípode de aleación de aluminio el cual amarré para poder usar mis dos manos en la escalada. En algunas partes el suelo se aflojaba bajo mis pisadas. Con mis manos me aferraba con fuerza a las piedras, ubicadas en mis partes laterales, cada vez que mis pisadas se iban en banda por el sedimento del suelo. En un momento parecía que la subida se volvió aún más inclinada. Los guantes me ayudaron a proteger mis manos del filo de las piedras en las que me apoyaba. Era una batalla dura la de subir, pero si otros lo lograron, yo, a pesar de cargar mi equipo, también lo tenía que lograr. El reto que me impuse lo tomé como una diversión. A raspones logré llegar a un sector más plano y un terreno más firme de la gran roca para ponerme de pie y llegar al faro.

Me imaginaba una estructura mucho más grande pues estaba acostumbrado a ver faros de mayor tamaño. Pero enseguida me acordé que estaba en la Antártida, y que no era necesario tener un faro de mayores dimensiones. La estructura metálica del faro se encontraba descubierta de pintura debido a los vientos salinos del mar. Ronald Vera se encargaba de soldar las conexiones eléctricas del panel solar con la batería que estaría protegida en una caja en el suelo. Mientras tanto Cornejo, Freddy y Benavides se turnaban en la cima del faro para habilitar la lámpara. Trabajos de soldadura se realizaban, tanto abajo como arriba, de este faro de unos seis metros de altura. Se cepilló y pintó la estructura metálica. Mientras el personal trabajaba en el reencendido del faro yo buscaba diferentes ángulos y alturas para documentar dicha actividad.

Por un momento me fui a recorrer sectores aledaños mientras un pingüino parecía observar el trabajo del reencendido del faro. Las vistas desde la cima eran majestuosas; ver como grandes rocas sobresalían del suelo y las playas de los diferentes frentes de la isla Cecilia hicieron que colocara mi trípode y los captara.

Regresé a la obra a seguir documentando el avance. Estaban pintando la estructura, con una pintura especial, para proteger el metal del óxido

del viento; finalmente, habían terminado la maniobra y llegó el momento de tomarnos una foto con la obra terminada de fondo. El descenso a ratos se convirtió en una resbaladera. Al menos la bajada se dio sin el peso de la carga.

Los primeros en llegar a la isla fueron los primeros en regresar en la zodiac. Me quedé con el comandante Gordon y William Toasa esperando que regresara el bote. Abajo nos esperaban las focas y más pingüinos. El sol ya había cambiado de posición y conjuntamente el color del mar que resplandecía con brillos especulares sobre sus aguas oscuras. Saltaban las siluetas juguetonas de los lobos marinos que parecían pintadas por la contraluz creando una imagen encantadora.

El trabajo total duró más de 5 horas. Llegamos a la estación alrededor de las 17h30 para recién almorzar y merendar. En mi camarote, me senté enseguida a redactar sobre las hazañas de la jornada.

Entre pingüinos y lobos marinos

Una de las actividades del programa logístico fue el mantenimiento de las ayudas a la navegación que había quedado inconcluso por el trabajo del módulo 2; sin embargo, con el trabajo del módulo finalizado y el atraso del Aquiles se planificó un buen trabajo.

Hacía buen clima, era un trabajo pendiente de realizar días atrás. Parecía que partiríamos de la estación sin cumplir con ese trabajo, pero el atraso del buque Aquiles dio algunos días al personal logístico para cumplir esta actividad. Me designaron al personal del arreglo del faro y el registro fotográfico del mismo.

El faro está ubicado en la isla Cecilia, frente a la isla Greenwich y al lado de la isla Barrientos, la travesía en bote era de unos 20 minutos. La carga para llevar era pesada y consistía en un panel solar de 70 x 60 cms, dos baterías de 12 amperios de unas 50 lbs. cada una, una moto soldadora Lincoln de unas 250 lbs. de peso, varios ángulos de hierro, pulidoras, brochas, pintura y demás elementos de ferretería. Tampoco podía faltar el refrigerio que consistió en café caliente y un pedazo de jamón con queso envuelto en papel aluminio.

Partimos a las 11h30 en un solo bote para lo cual fue necesario realizar dos viajes. En el primer trayecto fueron Freddy Hernández, Ronald Vera, Freddy Cornejo, Diego Benavides con los repuestos, máquinas y herramientas; yo fui en el segundo junto con el comandante Bernardo Gordon y William Toasa y las baterías de encendido. Washington Valencia y Rubén Caba estaban a cargo de la operación del bote de goma.

*Grietas profundas
señalan el camino
hacia la belleza de lo
inóspito.*





Al llegar a la isla, los primeros en recibirnos fueron los pingüinos y los lobos marinos. Había una pequeña colonia de pingüinos con su característico caminar bamboleante que los hacía ver muy amigables a nuestra llegada. Los lobos se cruzaban por delante de nosotros, con su singular rugido, queriendo llegar a un sector más lejano en la playa.

A lo lejos, a unos quinientos metros de la playa, estaba el primer grupo de logísticos que se esforzaba subiendo los materiales, y las pesadas y voluminosas máquinas y herramientas, sobre una escarpada cuesta de unos quinientos metros de altura. Avanzaban por tramos para ir descansando y cuidando de no resbalarse, mientras apreciaba el camino que pronto me tocaría subir con mi equipo; las rocas me recordaban los paisajes lunares que había visto en libros y revistas en mi niñez. Decidí acercar más cosas que faltaban por subir, desde la playa de desembarco hasta el inicio de la cuesta escarpada. Lo hice con la intención de ayudar al personal que ya venía lidiando (para hacer que la estación funcionara para todos) y ahora un faro les serviría a las embarcaciones para orientarse en las noches.

El comandante Gordon y William Toasa escogieron otra subida más directa al faro, pero más estrecha y rocosa. Dentro de un canasto plástico colocaron una batería y la fuente de luz. Calculo que este peso estaba alrededor de setenta lbs. Mientras subían luchando contra la colina escarpada, con mientras con la otra mano para no caerse de la pendiente sujetaban la carga. Las piedras se desmoronaban bajo sus pisadas haciendo que se resbale. Los trajes, a ratos, servían como una especie de trineo en el cual fácilmente se deslizaban hacia abajo. Yo seguía atrás del comandante y William, cargando mi mochila, con mi equipo fotográfico y mi trípode de aleación de aluminio el cual amarré para poder usar mis dos manos en la escalada. En algunas partes el suelo se aflojaba bajo mis pisadas. Con mis manos me aferraba con fuerza a las piedras, ubicadas en mis partes laterales, cada vez que mis pisadas se iban en banda por el sedimento del suelo. En un momento parecía que la subida se volvió aún más inclinada. Los guantes me ayudaron a proteger mis manos del filo de las piedras en las que me apoyaba. Era una batalla dura la de subir, pero si otros lo lograron, yo, a pesar de cargar mi equipo, también lo tenía que lograr. El reto que me impuse lo tomé como una diversión. A raspones logré llegar a un sector más plano y un terreno más firme de la gran roca para ponerme de pie y llegar al faro.

Me imaginaba una estructura mucho más grande pues estaba acostumbrado a ver faros de mayor tamaño. Pero enseguida me acordé que estaba en la Antártida, y que no era necesario tener un faro de mayores dimensiones. La estructura metálica del faro se encontraba descubierta de pintura debido

a los vientos salinos del mar. Ronald Vera se encargaba de soldar las conexiones eléctricas del panel solar con la batería que estaría protegida en una caja en el suelo. Mientras tanto Cornejo, Freddy y Benavides se turnaban en la cima del faro para habilitar la lámpara. Trabajos de soldadura se realizaban, tanto abajo como arriba, de este faro de unos seis metros de altura. Se cepilló y pintó la estructura metálica. Mientras el personal trabajaba en el reencendido del faro yo buscaba diferentes ángulos y alturas para documentar dicha actividad.

Por un momento me fui a recorrer sectores aledaños mientras un pingüino parecía observar el trabajo del reencendido del faro. Las vistas desde la cima eran majestuosas; ver como grandes rocas sobresalían del suelo y las playas de los diferentes frentes de la isla Cecilia hicieron que colocara mi trípode y los captara.

Regresé a la obra a seguir documentando el avance. Estaban pintando la estructura, con una pintura especial, para proteger el metal del óxido del viento; finalmente, habían terminado la maniobra y llegó el momento de tomarnos una foto con la obra terminada de fondo. El descenso a ratos se convirtió en una resbaladera. Al menos la bajada se dio sin el peso de la carga.

Los primeros en llegar a la isla fueron los primeros en regresar en la zodiac. Me quedé con el comandante Gordon y William Toasa esperando que regresara el bote. Abajo nos esperaban las focas y más pingüinos. El sol ya había cambiado de posición y conjuntamente el color del mar que resplandecía con brillos especulares sobre sus aguas oscuras. Saltaban las siluetas juguetonas de los lobos marinos que parecían pintadas por la contraluz creando una imagen encantadora.

El trabajo total duró más de 5 horas. Llegamos a la estación alrededor de las 17h30 para recién almorzar y merendar. En mi camarote, me senté enseguida a redactar sobre las hazañas de la jornada.

*Estación Pedro Vicente Maldonado, Antártida:
21 de febrero de 2023 - 16 de marzo de 2023.*